

TRES CUENTOS DE HADAS

GUSTAVO
MARTÍN GARZO

Ilustraciones de
Jesús Gabán

 Siruela

Las Tres Edades

ÍNDICE

El vuelo del ruiseñor	13
El hada que quería ser niña	39
El príncipe amado	73

Sólo esto sucedió entre las dos, pero, desde entonces, Wendy supo que crecería. Se sabe esto siempre después de cumplir los dos años. Los dos años son el principio del fin.

J. M. BARRIE, *Peter Pan*

*Para Elisa y Manuel,
mis guías en el País de las Hadas*

**EL VUELO
DEL RUISEÑOR**

1. El encuentro



na tarde, a su regreso de la escuela, una niña vio a un pájaro preso en las redes de su vecino, que era pescador. Era de color pardo, menudo y con ojillos brillantes, y la niña se acercó para ayudarlo.

–No tengas miedo –le dijo, viendo que una de sus alas se había hecho un lío con las cuerdas de la red.

No la tenía rota pero, cuando al fin estuvo libre, el pajarillo se quedó acurrucado en las manos de la niña, de tan agotado que estaba. Parecía un polluelo que acabara de abandonar el nido y que aún estuviera ensayando sus primeros vuelos.

La niña acababa de cumplir siete años y vivía en una casa con un hermoso jardín, pues a su madre le gusta-

ban mucho las flores. Aquél era el tiempo de las clave-
linas y las petunias. Su madre las había puesto a dece-
nas, y el pequeño camino que llevaba hasta el porche
parecía adornado para recibir a todos los animales del
Arca de Noé. Laura, que así se llamaba la niña, subió
corriendo las escaleras que la separaban de su cuarto. El
sol entraba por la ventana, y puso al pajarillo sobre la
cama, pensando que le vendría bien su calor. Pero bajó
a la cocina a por agua y, a su regreso, lo halló dando
brincos sobre el armario.

–Quieres volver con tus amigos, ¿verdad?

Y aunque le daba un poco de pena, pues le habría
gustado que se quedara un poco más, abrió de par en
par la ventana para que pudiera irse cuando quisiera.
Entró por ella la fragancia de la hierba y las flores, y el
pequeño pájaro, como atraído por una llamada invenci-
ble, escapó al instante hacia el bosque. Laura amaba con
ternura a los animales, en especial a los pájaros, pero
sabía que su mundo no se podía mezclar con el de ella.

2. El ruiseñor y la niña

Laura había nacido cuando sus padres eran muy
mayores y pensaban que ya no podían tener niños.
Su madre era maestra, pero tuvo que dejar la escuela
antes de tiempo porque estaba enferma del corazón.
Ni siquiera podía hablar muy alto, para no fatigarse, y
cualquier ruido la sobresaltaba. Gran parte del día se lo

pasaba acostada y, entonces, no podía hacerse ningún ruido, para que ella descansara. El resto del tiempo solía estar en el jardín. Conocía los nombres de todas las plantas y flores y nada la complacía más que ocuparse de ellas. También amaba tiernamente a todos los animales, en especial a los pájaros, que llegaba a distinguir a través de su canto. Y aquella era una zona poblada de muchas especies de pájaros. La alondra y la golondrina, la bisbita, el mirlo y el petirrojo, la collalba, el chochín, la curruca y el reyezuelo, los herrerillos y los gorriones iban y venían incesantemente llenándolo todo con sus dulces y apremiantes trinos.

Pero ese día, cuando Laura y su madre estaban en el jardín, algo llamó su atención. Tenía que ver con el canto de uno de aquellos pájaros. Un canto rico y fluido, que repetía rítmicamente sus frases, entre las que destacaba un agudo chuc-chuc-chuc. Laura nunca había escuchado antes nada igual y se volvió hacia su madre que permanecía absorta escuchándolo.

–Oh, es extraño –murmuró, con el rostro lleno de felicidad–. Es un ruiseñor.

Su madre le dijo que los ruiseñores solían vivir en el bosque, en zonas húmedas, pero raras veces se los podía ver, pues eran pájaros reservados y huidizos, que solían eludir la proximidad de los hombres. Laura se quedó mirando a su madre, que se puso un dedo en los labios para pedirle que permaneciera callada. En su rostro había una sonrisa de gratitud. La vida merecía la pena, parecía decir con aquella sonrisa, porque de vez

en cuando nos permitía asistir al milagro de un canto como aquél. Esa noche, cuando ya estaba acostada, Laura volvió a oír a aquel pájaro en la oscuridad de la noche y pensó que a lo mejor era el que ella había ayudado y que venía a darle las gracias.

—Sí, seguro que es él —murmuró bostezando, pues estaba muerta de sueño.

Y, a partir de ese instante, todos los días volvieron a escuchar al ruiseñor. Cantaba al atardecer, siempre desde lugares escondidos, y ellas permanecían muy atentas, mientras su corazón se llenaba de indefinibles anhelos. Y cada día que pasaba Laura tenía más claro que aquel pájaro sólo podía ser el suyo.

Y, por fin, una tarde en que regresaba a su casa después de hacer unos recados en el pueblo, el ruiseñor saltó inesperadamente de unos arbustos de zarzas y, en efecto, era el que ella había salvado. Estaba en el borde de una valla, donde, bañados por la luz del atardecer, su plumaje marrón y su cola color castaño pardusco adquirieron delicados matices dorados. Levantó el vuelo y volvió a posarse un poco más allá. Se perdía entre las copas de los árboles y regresaba segundos después. Una de esas veces le oyó cantar desde la espesura. Era un canto precioso, cuyas frases terminaban con un aflautado piu, pui, piu que ascendía lentamente en un delicado crescendo, como dando a entender que a partir de ese instante, y pasara lo que pasara, se pertenecerían el uno al otro. Laura había cerrado los ojos de puro placer, y le sintió volar a su lado. Tan cerca que, al menos en dos



ocasiones, llegó a rozarle el pelo con sus alas, antes de volver a perderse en el bosque.

A partir entonces, Laura se encaminaba todos los días a ese lugar, y, al amparo de los árboles silenciosos, le esperaba con los ojos cerrados y la mano extendida. El ruiseñor no tardaba en acudir. Le sentía posarse sobre su hombro, y llegar con pequeños saltos hasta la palma de su mano, la misma que el día de su cautiverio le había ofrecido para darle calor.

Y, como se ve que con aquellos encuentros ninguno de los dos tenía bastante, empezaron a verse por las noches. Laura dejaba abierta la ventana y el ruiseñor volaba hasta su cama y se acurrucaba en ese hueco que se forma entre el cuello y el hombro cuando inclinamos un poco la cabeza. Allí, envuelto en su pelo, se quedaba dormido. A Laura le hubiera gustado permanecer despierta para poder velar ese sueño, pero enseguida también ella empezaba a bostezar y se dormía. No se sabe por qué, pero la felicidad nos hace dormir a pierna suelta.

Al despertarse por la mañana, su amigo ya no estaba allí, pues los ruiseñores necesitan la libertad del bosque, y no pueden permanecer mucho tiempo sin percibir el aliento de los árboles y sus llamadas misteriosas. Pero todas las tardes volvía a escuchar su canto, y tan pronto oscurecía le tenía revoloteando en su cuarto dispuesto a meterse en la cama con ella.